

CLAMAR EN EL DESIERTO

*A Federico Gallego Ripoll,
por el don de su amistad.*

Clamar en el desierto
y sentir que tan sólo
la luna nos entiende.
Escribir para el viento,
esperando que algún verso se quede
prendido en las esquinas más radiantes
de ciertos corazones.
Nadar a contracorriente,
para que los poemas no se ahoguen
en cualquier sumidero
del río que nos nombra.
Caminar, casi siempre,
atento a tus latidos
para no equivocarse de camino.
Imaginar que el puño de ignominia,
que aplasta a los más débiles, se rompe
porque así lo desean la oración
—o el poema— que nacen,
como silente música,
en el fondo del alma.
Esparcir las palabras como pétalos
esperando que caigan en un campo
sin minas ni trincheras.
Alumbrar con tu luz más compasiva
la niebla pertinaz
que a todos nos envuelve,
tal es el duro oficio del poeta.

Eugenio Arce Lérída

(del libro: ... *Y los versos, besos son*)